

Cuando me diagnosticaron mi enfermedad, la de Crohn, sentí que todo lo que siempre había soñado y planeado —o al menos aquello a lo que aspiraba en un futuro cercano— se caía. Fue una sensación que no había experimentado antes. Supongo que gracias al paso de los años ahora puedo compararlo o equiparlo con otras experiencias pero ¿hasta entonces?, no tenía ni idea del sentimiento que se vive al ser testigo de cómo tu vida cambiaba en un segundo.

Recuerdo perfectamente ese día en el hospital. Tras una semana ingresado, una de las peores de mi vida a nivel psicológico —y cabe decir que también a nivel físico, puesto que las pruebas a las que me tuve que enfrentar me dejaron hecho polvo— me dieron la noticia. Nunca se me olvidará una de las frases que me dijo la doctora aquel día: «No te vas a morir de esto, pero te vas a morir con esto».

No me voy a morir de esto, por supuesto que no. Pero eso no le resta importancia al hecho de tener que aprender a vivir con una enfermedad crónica de buenas a primeras. Mi ilusión en aquel entonces era empezar la universidad, irme lejos de casa, comenzar a vivir. Había crecido con la ilusión de que los años universitarios eran los mejores, pero pasaron a ser un abismo negro, que era casi incapaz de visualizar. Con diecisiete años no estás preparado para algo así. Y supongo que, en realidad, nunca se está preparado para vivir con algo así. Mi cabeza se convirtió en un mar de dudas.

Cierto es que soy plenamente consciente de que hay personas que sufren enfermedades mucho peores, más agresivas y difíciles de controlar. Las hay incluso letales, de esas de cuya existencia te enteras de repente y al mes has dejado este mundo. Pero eso no me consoló. Mis planes, el futuro que quería para mí cambió de un momento a otro, y eso es una cosa que jamás podré olvidar. De poder superar ese trauma tampoco estoy del todo seguro.

Una vez conocido el diagnóstico, cuando ya le pude poner nombre a la causa de todos los males que había experimentado en los últimos meses, tuve que pasar por muchos cambios —acompañados de su respectiva ansiedad y desesperación— hasta que por fin los doctores dieron con un tratamiento que me permitiera hacer vida normal, como ellos dicen.

Personalmente discrepo ante esa afirmación. Una vida normal no es una vida con una enfermedad crónica e incurable. Una enfermedad que te hace cambiar de vida, de hábitos y que te obliga a llevar a la espalda —sin tú ni siquiera pedirlo— una mochila con la que tendrás que aprender a cargar hasta el día en que mueras, no es una vida normal. En absoluto.

Sin embargo, la perspectiva que te otorga el paso del tiempo hace que todo se vuelva un tanto relativo. No es que a día de hoy, a pesar de todo lo anterior, le quite peso a mi enfermedad. Ni mucho menos. Simplemente, gracias a la medicina, y a todos aquellos profesionales que forman parte de la misma, y que consiguen materializarla en algo con un mínimo de humanidad, he podido cumplir partes de mis ambiciones. Y esto me ha hecho verlo todo un tanto mejor.

Por suerte he podido estudiar una carrera. No ha sido la carrera de mis sueños, pero me ha permitido formarme, cultivarme a nivel académico y, por qué no decirlo, vivir todo aquello que se suponía que sería la vida universitaria. Por todo ello estoy más que agradecido.

También he podido —aunque haya tardado más de lo que me hubiera gustado— experimentar lo que es el estar fuera de casa. Los años de universidad no hubieran sido lo mismo sin todo ese aprendizaje y soltura que te proporciona el salir de tu zona de confort, de todo aquello que hasta entonces era lo único que conocía. Y menos mal que ha sido así. Gracias a irme fuera, gracias a aprender a controlar las situaciones de estrés e incertidumbre, he podido vivir cosas maravillosas, algunas que incluso jamás pensé que llegaría a vivir. Y por supuesto, también he conocido a personas increíbles. A veces pienso que, si no hubiera sido por la enfermedad, jamás hubieran llegado a mi vida.

Yo soy de los que piensa que si algo es para ti, no parará hasta encontrarte, y lo que no es para ti, ni aunque lo busques llegará. Así que creo que la enfermedad, antes o después, tendría que llegar. Y sé que sin ella mi vida hubiera sido distinta, pero estoy agradecido, a pesar de todo, de cómo esta ha ido desarrollándose.

Por eso escribo este texto. Por si alguien está pasando por lo mismo que pasé yo con diecisiete años. Si estás leyendo esto, por favor, date tiempo. Date tiempo para asumirlo todo, date tiempo para reencontrarte contigo mismo. Créeme que acabarás encontrando tu sitio, antes o después y de un modo u otro, pero quiero que sepas que a pesar de tener dos sombras, como a mí me gusta llamarlo —la tuya propia y la de la enfermedad—, de tener una mochila a la espalda, una mosca detrás de la oreja todo el tiempo, acabarás consiguiendo aquello que siempre habías soñado.

El futuro está escrito, o eso pienso yo. Pero que sepas que no todo es negro, no todo es oscuridad. Llegará la luz, antes o después, y aunque creas que es imposible, créeme que llegará.

Datos personales:

Nombre y apellidos: Ángel José Pérez Molina

Título: *Dos sombras*

Fecha de nacimiento: 22/06/2000

DNI: 26527820B